

ha debido producirlas la acción de las aguas. Pero al reflexionar en la cantidad incalculable de piedras que, admitiendo tal suposición, habría que haber arrastrado á través de tan estrechas gargantas, como las que hemos citado, por las que ni un hombre podía pasar, hay que pensar en si no provendrán más bien estas depresiones de hundimientos del terreno. Por otra parte, teniendo en cuenta la forma irregular de las cañadas que se derivan de los valles principales, considerando los promontorios estrechos que forma la meseta en estos valles, hay que desechar esa explicación. Sería absurdo atribuir tales depresiones á la acción de las aguas actuales; puesto que procediendo estas del desagüe de la meseta, no siempre caen, como tuve ocasión de verlo cerca de *Weatherboard*, en el punto que forma la cabeza de los valles, sino en una de las gargantas de los lados. Algunos de los habitantes me han dicho que, siempre que veían estas cañadas que parecen bahías con promontorios separados á los lados de la costa, les chocaba su parecido con las costas del mar. Esta observación es muy fundada; y además en la costa actual de la Nueva Gales del Sur, los muchos puertos llenos de bahías unidas al mar por una abertura muy estrecha, tallada en el acantilado de gres y cuyo ancho varía entre una milla y un cuarto de milla, se parecen mucho, aunque con menor tamaño, á los grandes valles del interior. Pero ahora se nos presenta una dificultad poco menos que insuperable: ¿cómo se explica que el mar haya tallado esas inmensas depresiones en esta meseta y que no haya en la abertura más que gargantas tan estrechas por las que habría tenido que pasar la inmensidad de materiales arrastrada por las aguas? La única explicación que puedo yo dar este enigma es

que parece que hoy se forman bancos de formas irregulares y cuyos costados son muy abruptos, en varios mares; por ejemplo: en las Indias occidentales y en el mar Rojo. Tengo motivos para suponer que estos bancos están formados de sedimentos traídos por corrientes violentas en un fondo irregular. Después de examinar las costas de las Indias, no puede dudarse de que, en algunos casos, en lugar de depositar el mar los sedimentos que contiene en forma de capas uniformes, los amontona alrededor de rocas y de islas submarinas; además, he observado en muchos puntos de Sud América que las olas pueden formar acantilados abruptos hasta en los mismos puertos. Para aplicar estas nociones á la mesetas de gres de Nueva Gales del Sur, es preciso figurarse que las capas han sido amontonadas por la acción de las corrientes violentas y las ondulaciones de un mar libre en un fondo irregular, y además, que los espacios que vemos hoy bajo la forma de valles no le han rellenado, y que sus límites han tomado el carácter de acantilados durante una elevación lenta del terreno: el gres levantado, en este caso, habría sido llevado por el mar en el momento de abrir estas gargantas estrechas para retirarse ó más tarde por la acción de las lluvias.

Poco después de haber salido de *Blackheath*, bajamos de la meseta de gres por el paso del monte Victoria. Para abrir este paso ha sido necesario quitar enorme cantidad de piedras; por el plan que ha presidido á la construcción de este camino, por la manera como se ha ejecutado, puede compararse á las más hermosas vías de Europa. Por aquí entramos en un país menos elevado, quizá un millar de pies, en el que ya son las rocas de granito, y, gracias á este cambio, es más hermosa la vegetación, están los ár-



boles más separados y los pastos mucho más verdes y abundantes. En Hassan Walls, dejo el camino ancho y doy un pequeño rodeo para ir á la hacienda de Wallrawang á presentar una carta que me dieron en Sydney para el jefe del establecimiento. Me invita Mr. Browne á pasar algunos días con él; lo que acepto con mucho gusto. Esta finca, ó mejor dicho, este establecimiento para la cría de carneros es uno de los más curiosos de la colonia. Hay en él más bueyes y más caballos de lo que se acostumbra en estas fincas, porque los valles inmediatos son pantanosos y sus pastos demasiado bastos. Cerca de los edificios destinados á habitación se han roturado algunas tierras para cultivar en ellas trigo; en el momento de mi visita se hacía la recolección, reducida á lo necesario para abastecer á los obreros de la finca. De ordinario hay aquí unos cuarenta penados trabajando; ahora hay algunos más. Aun cuando no falta nada de lo necesario, no resulta agradable esta residencia; tal vez porque no hay en ella ni una mujer. La tarde de un día hermoso, suele dar á todo el que está en el campo cierto aire de felicidad apacible; pero en esta hacienda aislada, ni los más brillantes matices de los árboles que nos rodean pueden hacerme olvidar que me encuentro entre cuarenta malvados. Ahora vuelven del trabajo. Estos hombres pueden compararse á negros, que no despiertan, sin embargo, la compasión que se experimenta á la vista de estos últimos.

Al día siguiente tuvo el subdirector, Mr. Archer, la bondad de llevarme á la caza del kanguro. La mayor parte del día la pasamos á caballo, pero con tan poco éxito, que no vimos ni un kanguro, ni siquiera un perro montés. Los perros persiguen una rata-kanguro, que se refugia en un árbol hueco, donde vamos á co-

brarla. Tiene este animal el tamaño del conejo, pero se parece al kanguro. Hace algunos años abundaba mucho la caza en este país; pero ahora hay que alejarse mucho para encontrar sus rastros, y el kanguro se ha ido haciendo muy raro. Los dos animales han desaparecido ante el lebrél inglés. Puede que pase todavía mucho tiempo antes que los exterminen por completo, pero su desaparición es segura. Los indígenas piden prestados á los arrendatarios de las fincas los perros, que éstos dan con gusto, obsequiándoles, además, con los desperdicios de los animales que pueden matar y algunas gotas de leche; por este medio van penetrando pacíficamente cada vez más adelante en el interior de las tierras. Cegados los indígenas con esas miserables atenciones, ven con gusto avanzar al hombre blanco que parece destinado á apoderarse de su país.

Aun cuando nuestra caza ha sido bastante desdichada, el paseo no ha resultado desagradable. Están tan diseminados los árboles, que se puede galopar muy bien en medio del bosque. Con el monte alternan de vez en cuando valles, de fondo llano, en los que no se ve más que césped, como si se tratase de un parque artificial. Por todas partes se ven señales de fuego, lo que da al paisaje una uniformidad desesperante; puesto que la única diferencia consiste en que los rastros sean más ó menos recientes y en que estén más ó menos negros los troncos de los árboles. En estos montes hay muy pocos pájaros; sin embargo, he visto en un trigo grandes bandadas de catatúas blancas, y varios papagayos magníficos; también se ven con frecuencia cornejas muy parecidas á nuestra chova ó grajo, y otro pájaro muy semejante á la marica. Voy por la tarde á pasear junto á los estanques, que en este país



tan seco, representan el lecho de un río, y tengo la suerte de ver algunos ejemplares del famoso mamífero *Ornithorhynchus paradoxus*, que se sumergían ó jugaban en la superficie del agua; pero se les veía tan poco el cuerpo, que con facilidad hubieran podido confundirse con ratas de agua; Mr. Browne mató uno: es animal, en verdad, extraordinario; los ejemplares disecados no dan buena idea de la cabeza y del pico; porque este último se contrae al endurecerse (1).

20 de Enero.—Mediante una larga jornada á caballo llego á Bathurst. Seguimos un sendero á través del monte para ir hasta el camino ancho; el país está desierto. En este día sentimos el viento de Australia muy parecido al sirocco y que sopla de los desiertos del interior. Se ven nubes de polvo en todas direcciones; parece como si el viento hubiese pasado por un horno. Después he sabido que el termómetro colocado fuera de las casas había marcado 119° F. (48°,3 C.), y en una habitación herméticamente cerrada 96° F. (35°,5 C.) En las primeras horas de la tarde distinguimos las dunas de Bathurst. Estas llanuras onduladas, pero casi planas, son muy notables, porque no se ve en ellas ni un árbol; están cubiertas de una especie de hierba parda. Atravesamos varias millas de estos lla-

(1) En este mismo sitio he visto el agujero cónico de una hormiga-león ó de algún otro insecto análogo. Primero vi caer en él una mosca, que desapareció en el acto; después una hormiga grande; ésta hizo los mayores esfuerzos imaginables por escapar, y entonces pude observar esa especie de bombardeo con granos de arena de que han hablado Hirby y Spencer (*Entomol.*, vol. I, pag. 425); pero la hormiga fué más afortunada que la mosca y escapó de las terribles mandíbulas ocultas en la base del agujero cónico. Este agujero australiano no tiene casi más que la mitad del tamaño de los que hace la hormiga-león europea.

nos y llegamos á la ciudad de Bathurst, situada en medio de lo que podría llamarse un valle muy ancho, ó una llanura estrecha.

Hanme dicho en Sidney que no forme demasiado mala idea de Australia, juzgando por lo que vea en el camino; y me han prevenido también para que no juzgue demasiado bien por lo que vea en Bathurst; confieso, que bajo este último punto de vista no había para qué prevenirme; sin embargo, justo es decir que la estación no es nada favorable; porque la sequedad es muy grande. La causa de la prosperidad de Bathurst es esa hierba parda que tan extraña parece cuando se ve por primera vez, pero que es excelente para los carneros. Está la ciudad á 2.200 pies sobre el nivel del mar, á la orilla del Macquarie, que es uno de los dos ríos que se dirigen hacia el interior de este continente apenas conocido. La divisoria que separa los ríos que se dirigen hacia el interior de los que van á la costa tiene unos 3.000 pies de altura y se extiende de Norte á Sur á 80 ó 100 millas de la costa. Según los mapas, el Macquarie es un río muy respetable; es el mayor de los que riegan esta región; pero con gran sorpresa no encuentro más que una serie de estanques separados por espacios casi secos. De ordinario tiene poca corriente y á veces también inundaciones considerables. Por poca agua que haya aquí es todavía mucha en comparación con la que se encuentra más adelante.

22 de Enero.—Tomo el camino para volver á Sydney, pero siguiendo una ruta diferente llamada *la liga del Lockyer* que atraviesa un paisaje más montañoso y más pintoresco. Hacemos una jornada larga, y como la casa donde vamos á pasar la noche está bastante separada del camino, nos cuesta mucho trabajo



encontrarla. En ésta como en otras muchas ocasiones no tengo motivos sino para elogiar la cortesía de las clases inferiores, hecho tanto más notable, teniendo en cuenta lo que son y lo que han sido. La finca en que hago noche pertenece á dos jóvenes recién venidos y que comienzan ahora su vida de colonos. No hay en ella ninguna especie de comodidades; pero para ellos está esto compensado con exceso, por la certeza de un pronto éxito en su empresa.

Al día siguiente por la mañana atravesamos una región toda incendiada; á cada instante cruzan el camino inmensas nubes de humo. Hacia el medio día volvemos á encontrar el camino que ya hemos seguido y hago la ascensión al monte Victoria. Voy á dormir al parador del *Weatherboard*, y antes de anochecer voy á contemplar por última vez el valle de que ya he hablado. Al volver á Sydney paso una tarde muy agradable con el capitán King en Dunheved. Así termina mi pequeña excursión en la colonia de Nueva-Gales del Sur.

Los tres puntos que más me interesaban antes de llegar aquí, eran: el estado de la sociedad en las clases superiores, la situación de los penados y las ventajas que podían decidir á los colonos á venir á establecerse en este país. No hay para qué decir que con tan corta permanencia, no puede mi opinión tener gran peso; sin embargo, es tan difícil no formar opinión como juzgar correctamente de las cosas. En resumen, por lo que he oído decir, mucho más que por lo que he visto, el estado de la sociedad ha sido un desengaño para mí. Los habitantes me parecen peligrosamente divididos en casi todos los asuntos. Los que por su posición deberían tener conducta más digna, hacen una vida tal que casi no pueden tratarlos

las personas honradas. Hay mucha envidia entre los hijos de los emancipados ricos y los colonos libres; considerando los primeros á los segundos como aventureros. Toda la población, lo mismo ricos que pobres no tienen más que un objeto: hacer dinero. Entre las clases más elevadas no se habla más que de una cosa: la lana y la cría de los carneros. La vida doméstica es casi imposible, porque se está siempre rodeado por los criados presidiarios. ¡Cuán desagradable no ha de ser estar servido por un hombre al que quizá la víspera han azotado en público á petición vuestra por alguna falta poco importante! Las criadas son mucho peores todavía, y los niños usan las expresiones más groseras; pudiendo considerarse muy dichoso el que no adquiere costumbres perversas en extremo.

Por otra parte, los capitales dan á sus dueños sin el menor trabajo, triple interés que el que pudiera esperarse en Inglaterra; con un poco de prudencia es seguro hacer fortuna. Aunque algo más caro que en Inglaterra, es posible proporcionarse todo lo que es de lujo; pero en cambio los alimentos son más baratos que en la madre patria. El clima es excelente y muy sano; pero me parece que el aspecto poco agradable del país le hace perder una gran parte de sus encantos. Los colonos tienen, además, una gran ventaja, y es que sus hijos, aunque sean muy jóvenes les prestan importantes servicios. No es raro ver jóvenes de diez y seis á veinte años dirigir fincas lejanas; pero estos niños tienen entonces que permanecer en constante trato con los penados. No sé que el tono de la sociedad haya tomado carácter especial; pero dadas esas costumbres y considerando el poco trabajo intelectual que se hace en la colonia, pareceme que no pueden por menos de ir degenerando las virtudes so-



ciales. En resumen: sólo la necesidad podría conducirme á emigrar.

No puedo dar opinión, porque no entiendo mucho estos asuntos, sobre el porvenir posible de esta colonia. Los dos principales productos de explotación son la lana y el aceite de ballena; pero en ambos productos hay un límite. En este país no pueden hacerse canales; por consiguiente, no se pueden criar los carneros muy al interior, porque los gastos del transporte de la lana unidos á los de la cría y del esquila subieran demasiado. Son en todas partes tan pobres los pastos, que ya se han visto obligados los colonos á internarse mucho; y mientras más se aparta de la costa se hace el país más estéril. La agricultura no podrá ejercerse nunca en grande escala á causa de las sequías. Por consiguiente, me parece que Australia deberá limitarse á ser en el porvenir el centro del comercio del hemisferio austral; tal vez pueda haber aquí fábricas, porque hay carbón de piedra y se puede disponer de la fuerza motriz necesaria al efecto. Extendiéndose el país habitable á lo largo de la costa y siendo sus colonos ingleses ha de ser en realidad potencia marítima. Me figuraba yo que Australia podía llegar á ser un país tan grande y tan poderoso como América del Norte, pero ahora que lo he visto he dado un poco de lado á estos sueños de grandeza.

Menos ocasión he tenido todavía de juzgar de lo que hay en la condición de los penados. Lo primero que se pregunta es si el transporte es un castigo; por lo menos, nadie puede sostener que sea pena muy dura. Creo, sin embargo, que tiene alguna importancia mientras que los malhechores de la misma patria lo teman. A los penados no les falta nada; pueden esperar la

libertad y algún socorro; conduciéndose bien, están seguros de lograr ambas cosas.

Cuando se libera á un hombre, y obtiene esta liberación si se porta bien durante un número de años proporcional á la magnitud de la pena impuesta, puede circular libremente en una región dada mientras no se haga sospechoso de ningún crimen. De todas maneras, sin contar con la prisión en Inglaterra y la terrible travesía, los años que tiene que pasar en Australia como penado son desdichadísimos. Persona muy inteligente me ha hecho notar que los penados no tienen más placer que la sensualidad, y esta pasión no pueden satisfacerla. La gran recompensa, es decir, el perdón, que el gobierno puede darles, y el horror profundo que todos los criminales tienen á la prisión previenen en realidad, los crímenes; pero no hay que creer que dejen de ser criminales esas gentes porque se avergüencen de cometer un crimen: no conocen tal sentimiento, y yo podría citar pruebas bien curiosas en apoyo de ese aserto. Todo el mundo me dice y declaro que es hecho curioso, que casi todos los penados son muy flojos; los hay que arrastrados por la desesperación se hacen indiferentes á la vida; pero rara vez ejecutan un plan que reclame sangre fría y valor sostenido. En resumen; lo que me parece más triste es que, aun cuando en virtud de lo que podría llamarse progreso legal, ocurren en esta población de presidiarios pocas cosas que caigan bajo la jurisdicción de los tribunales, no creo posible que se llegue á un progreso moral. Personas que pueden juzgar de esto me aseguran que un penado que tratara de convertirse al bien, no podría hacerlo mientras permaneciese al lado de sus compañeros de crimen: sería para él la vida una larga serie de miserias y persecu-



ciones. No hay que olvidar tampoco el mal ejemplo, los vicios engendrados por la aglomeración en las prisiones y á bordo de los buques de transporte. En suma, la traslación no proporciona el resultado que se prometía, examinada sólo bajo el punto de vista de la pena; no lo logra tampoco por lo que se refiere á la moralización; pero en este caso sucedería lo propio con cualquier otro sistema. Por el contrario, ha resultado favorable, en proporción muy superior á lo que podía esperarse, como medio de dar á los criminales la exterioridad de personas honradas y como medio de convertir á vagabundos completamente inútiles en un hemisferio, en ciudadanos muy activos de otro, donde han creado un país magnífico y un gran centro de civilización.

30 de Enero de 1836.—Dase el *Beagle* á la vela con rumbo á Hobart Town en la Tierra de Van-Diemen. El 5 de Febrero, después de una travesía de seis días, cuya primera parte fué tan hermosa como fría y desagradable la segunda, entramos en la bahía de las Tormentas, con un tiempo que justifica muy bien este terrible nombre. La bahía debería llamarse más bien *estuario*, porque recibe las aguas del Derwen. Cerca de la desembocadura hay unos llanos de basalto muy elevados, y más adelante se hace el terreno montuoso y se puebla de bosque espeso. Las faldas de las colinas que rodean la bahía están cultivadas; pareciendo muy prósperas las hazas de trigo y de patatas. Por la tarde echamos el ancla en una pequeña y linda bahía á cuyas orillas se alza la capital de la Tasmania. El aspecto de esta ciudad es muy inferior al de Sydney. Hobart Town está situada al pie del monte Wellington, de 3.100 pies de elevación, y es muy pintoresca. Alrededor de la bahía se ven muchos almacenes y un

puertecito muy pequeño. Cuando se viene de las colonias españolas, cuyas fortificaciones suelen ser tan magníficas, no puede menos de chocar la insuficiencia de los medios de defensa de nuestras colonias. En comparación con lo que he visto en Sydney, lo que más me sorprende es el pequeño número de edificios grandes, construidos ó en construcción. Según el censo de 1835 tiene Hobart Town 13.826 habitantes, y toda la Tasmania 36.505.

A todos los indígenas los han llevado á una isla del estrecho de Bass, de manera que la Tierra de Van-Diemen tiene la ventaja de hallarse libre de toda población indígena. Esta cruel medida se hizo inevitable, como único medio de poner fin á una tremenda serie de robos, incendios y asesinatos cometidos por los negros y que, tarde ó temprano, hubiesen acarreado su exterminio completo. Confieso que todos estos males y sus consecuencias son probablemente efectos de la infame conducta de algunos de nuestros compatriotas. Treinta años es un periodo bien corto para desterrar hasta el último indígena de una isla casi tan grande como Irlanda. La correspondencia cambiada con este motivo entre el gobierno inglés y sus representantes en la Tierra de Van-Diemen es muy interesante. Muchos indígenas habían sido muertos ó hechos prisioneros en los continuos combates que por espacio de bastantes años se sucedieron; pero nada llegó á convencer á aquellas gentes de nuestra inmensa superioridad como la declaración del estado de sitio de toda la isla, el año de 1830, y la proclama en cuya virtud se llamaba á las armas á toda la población blanca para apoderarse de todos los indígenas. El plan adoptado se parecía mucho al de las grandes cacerías de la India: se había formado una gran línea